

UN GURU

les cobija es un microcosmos perfectamente organizado donde no existe la competencia y sí la cooperación, donde todos los devotos participan en pos de un mismo fin. Es un sistema que aísla a las personas de la realidad del sistema total del que han escapado, una cómoda disculpa para interrumpir la búsqueda racional de sí mismo y la construcción de la nueva sociedad. El mundo es blanco y negro: la élite que «ha visto la luz» y la masa de no creyentes que serán castigados al final por sus ironías y su falta de fe.

La desviación de grandes grupos hacia soluciones escapistas donde son manipulados por Maharaj Ji y similares puede ser ocasión para burlarse de su simpleza y credulidad, pero su explotación por estos figurones es algo trágico. El funcionamiento de la Misión de la Luz Divina en Inglaterra da alguna idea de sus finanzas: inicialmente, la mayor parte de los ingresos procedían de Divine Sales, una tienda donde se vendían propiedades de los nuevos «premios»; actualmente, las esperanzas de la Misión están puestas en una fábrica que producirá ropa, zapatos, perfumes, champú, etcétera, y que contará con una mano de obra que no desea ningún pago, totalmente satisfecha con saber que trabajan para el Satguru.

Lo que pensarán los Sindicatos británicos de esta peculiar empresa es una incógnita; lo que piensan las autoridades indias es algo ya conocido, pues el Guru Maharaj Ji está acusado de contrabando por no declarar una maleta que contenía joyas y moneda extranjera. La aspereza de sus propios compatriotas parece que ha colmado la Paciencia Divina, y que el Maestro Perfecto y su corte se trasladará al clima más tolerante de California. En efecto, allí se está poniendo a punto el magno proyecto de construir una Ciudad Divina, que será una demostración visible de «cómo crear el cielo en la Tierra». Se habla de que todos los medios de transporte serán eléctricos, a fin de evitar la polución. Otras maravillas incluidas en los planes contribuirán a crear un Ambiente Divino; de momento, se espera la aprobación del niño para adquirir los terrenos, por los que se piden más de 600 millones de pesetas.

Los futuros planes del Satguru se refieren a llevar el Conocimiento a los países socialistas, empezando con una expedición a Rusia. Rennie Davis dice que esto no será nada comparado con la conversión de Mao Tse-Tung, que tendrá lugar en 1975, cuando el viejo líder comunista sienta la proximidad de la muerte y vea el esplendor del Divino Maestro, que entonces tendrá diecisiete años.

Espero impaciente las noticias del encuentro. ■ DIEGO A. MARIQUE.

LONDRES

El espectáculo de Trafalgar Square

QUIZA la maravilla de Londres radique en sus parques. Tumbado en medio de Hyde Park o Regent's Park, puede parecer mentira, se llega a olvidar, incluso, que se está en el corazón de una gran urbe.

Subo por Charing Cross desde Victoria Gardens. No sé el tiempo que habré estado recostado en una hamaca de las muchas que hay esparcidas, sin orden, por los jardines Victoria. Debe ser algo más de mediodía. Estoy llegando a Trafalgar Sq. Una bandada de palomas pasa por encima de nosotros, casi rozándonos. Las palomas de Londres no tienen tantos miramientos como las de Madrid u otras ciudades. Tienen menos miedo a los humos, no se apartan con tanta facilidad a nuestro paso. Buscan la comida que incesantemente se les ofrece de manos de propios y extraños.

Música, canciones, una muchedumbre en ordenada manifestación viene acercándose por la National Gallery. Me quedo aposta-

do en la acera. Carteles, «posters», pancartas con las palabras de siempre: amor, paz, libertad... Hombres, mujeres, niños, ancianos, jóvenes, de toda clase de caracteres raciales, vienen agolpados cantando himnos. De vez en cuando lanzan al aire un «slogan». Van en grupos de 200 ó 300, siempre encabezados por un «bobby» que les va marcando el camino a seguir, dentro de su itinerario, cuyo final parece ser Trafalgar Sq. Durante más de una hora van llegando decenas de grupos, los últimos ya corriendo. Algunos de ellos exhiben carteles con su correspondiente nacionalidad impresa; entre ellos veo uno muy familiar: España...

A los transeúntes casuales nos miran con cara de felicidad, sonríen, pero hay algo en su sonrisa que me parece artificial. Paralelamente van otros vendiendo revistas —sólo nueve peniques—, van gritando, gritos que no tienen nada que ver con los usuales de los vendedores de periódicos

que todos conocemos. Parece como si acabaran de bajar del cielo y con la voz entrecortada anunciaran su dicha. Alguien me ofrece un folleto gratis: «Guru puja festival». A summer celebration of love and light. En él se señala que Guru Maharaj Ji, de quince años tan sólo, hablará a sus seguidores en el Chrystal Palace de Londres, los días 13, 14 y 15. Hoy, 15, estaba programada una manifestación desde Speaker's Corner hasta Trafalgar Sq. La plaza está ya completamente a rebosar. Al pie del enorme monumento que recuerda aquella batalla naval, ocho, diez, quizá doce discípulos del «perfecto maestro», vestidos a la usanza hindú, dirigen a la muchedumbre congregada. Alguien me dice que son los más allegados del profeta. Pero, ¿y el Guru? El Guru no está, por alguna razón no ha venido a la manifestación, pero puedo encontrarle y oírle por la noche en el Chrystal Palace. Cada dos o tres minutos, el «speaker» de turno

Hoja de propaganda del Guru Maharaj Ji.

GURU MAHARAJ JI PUEDE REVELARTE ESA FUERZA DE VIDA EN TU INTERIOR

Conocerla es conocer la perfecta paz



Guru Maharaj Ji
MAESTRO PERFECTO DE 15 AÑOS



—>
—>



«Who is guru Maharaj Ji?

—The perfect Master.

Who is Guru Maharaj Ji?

—The Revelator».

pregunta a la muchedumbre: ¿Quién es Guru Maharaj Ji? Unas diez mil voces responden a coro alzando los brazos al estilo hindú, pero con evidente torpeza anglosajona: Es el «perfecto maestro». Por segunda vez la misma pregunta; esta vez la respuesta es «el Revelador». Se va hablando con los congregados en todos los idiomas. Llega el español. La interlocutora es una mujer que no domina el castellano. Su voz por el micrófono se deja oír: «El Guru es puro, puro... amor». Compás de espera. «Es una, una, una (parece no saber qué decir), una... vibración cósmica»; esto último me provoca una sonrisa. La charla en español termina a renglón seguido, con los «slogans» mencionados; pero estoy picado por la curiosidad. Quiero que alguien me explique en qué consiste la doctrina del Guru, pero es difícil, porque mi inglés no da para meterse en honduras. Una nube de seguidores pululan de aquí para allá, tratando de hacer nuevos prosélitos, pero siempre en inglés. Si encontrase un español... Tuvo que ser argentino. Fue él el que me empezó a hablar.

Las frases rituales: «Soy español, de Madrid». «¿Y nos has oído hablar del Guru allí? Es muy famoso en Madrid», me asevera. «No. Es la primera noticia que tengo de su existencia», respondo. Me mira con cara extrañada. «Aquí mismo hay una representación de trescientos españoles (ahora el extrañado soy yo). En el mundo se calcula alrededor de ocho millones sus seguidores, cifra que va en ascenso continuamente». «¿Pero qué son las doctrinas del Guru —le inquiero—, una religión, una filosofía?». «No, el Guru sólo nos enseña a meditar, a que podamos olvidarnos de nuestros problemas, de aquello que nos angustia. El nos muestra técnicas de meditación hindúes que tienen miles de años de antigüedad». «¿En qué consiste esa meditación?», le pregunto. «Previamente hay que adquirir el "knowledge", conocimiento sin el cual no es posible meditar». Me explica que dicho conocimiento consiste en la creencia de que el factor común de todos los seres humanos, en general de todo el universo, es la energía a manera de Dios, en la cual hay que con-

centrarse para empezar la meditación. Esta energía es aquel principio vital que nos mueve, que nos da vida, pero que no tiene nada que ver con la energía en términos científicos, físicos. El Guru y sus seguidores niegan la ciencia, son la anticencia. «La ciencia, el mundo actual con su tecnología, nos ha llegado a aburrir, nos ha conducido al nihilismo. Los científicos no saben nada; los filósofos están perdidos en círculos viciosos; los políticos, desacreditados por sus mentiras; las religiones tradicionales, estancadas», me explica. Pero el Guru ha venido a enseñarnos el camino de la luz, de la verdad. Son palabras que Cristo empleara hace casi dos mil años. Para ellos, Cristo fue un gran profeta de la talla del Guru. Me habla de los métodos de meditación de Cristo en el desierto, de cómo pudo sobrevivir cuarenta días sin probar alimento. El Guru enseña a hacer lo mismo. «La meditación —me indica— es una manera de olvidar el mundo en que vivimos, nuestros problemas, nuestra condición de seres humanos». «¿Y de la inmortalidad?». «Cuando dejamos de existir, no morimos, sólo nos transformamos y vamos a formar parte de esa energía. Se abandona el cuerpo, pero la energía no perece». «¿Qué te ha dado el Guru?». «Paz espiritual, te digo». «¿Y qué le das tú al Guru?». «Mi trabajo; cada uno le da lo que puede, depende de lo que cada uno tenga». «Pero, ¿no crees que lo que tú propones al inhibirte de tus problemas, huyendo de ti mismo o tratando de huir es un suicidio mental, como si te pegases un tiro en la cabeza». Me mira sonriente, gozoso. «Eso es exactamente, igual que un tiro en la cabeza». «Pero siempre creí —le respondo— que los problemas había que afrontarlos por duros que fueren, como única manera de vencerlos y solucionar-

los, pero no escapar o huir de ellos, como tú me propones». «Eso son prejuicios intelectuales», afirma. Me habla despacio y sosegadamente; su rostro, más que reflejar paz, da muestras de inhibición, de lavado de cerebro. Parece como si le costase mucho pensar. No es extraño, ese es su fin: inhibirse. Sigo inquiriéndole. «¿En qué consisten esas técnicas de meditación?». «Lo siento, el maestro nos ha pedido que no las revelemos, sólo él puede enseñarlas, o sus discípulos preparados para ello». «¿Y dónde puedo yo recibir dichas enseñanzas?». «En Madrid hay una delegación del Guru, puedes ir allí. Cada regla de meditación cuesta cuatro peniques». Hago el cálculo: cuatro por ocho millones... En fin, no hay que ser mal pensados. Pero, de todas formas, ninguna religión de las que conozco cobra por la simple impartición directa de sus enseñanzas. Me presenta a algunos españoles que han venido expresamente de España al Festival; uno de ellos me da la dirección en Madrid de la representación del Guru.

Religión, filosofía, en este caso basadas en ideas hindúes que no tienen nada que ver con nuestra civilización. Hinduismo de consumo, lo llamaría. Creo muy difícil trasplantar la filosofía hindú, como por medio de un pase mágico, a la mentalidad occidental. Los seguidores del Guru ignoran la verdadera ciencia, huyen de ella porque la encuentran limitada a sus aspiraciones trascendentales y dicen, después de haber adquirido el «conocimiento» (una especie de bautismo me pareció), saberlo ya todo. Se convierten así en verdaderos ángeles, a quienes ni el frío ni el calor, hambre o enfermedad puede inmutar, al quedar sumergidos por medio de la meditación en un «nirvana» de «quita y pon», a gusto del consumidor. «Si tu trabajo no te gusta, si la injusticia se ceba contigo, si la desgracia se apodera de tu vida, no trates de luchar, es inútil, olvídalos todo escapando de ti mismo. **Medita.**

Creo que el Guru propone cuatro caminos de meditación. En uno de ellos se puede oír el sonido de una flauta; los otros tres, más tarde me enteré, son la luz, el néctar y la palabra.

¿Un gran negocio? Hay quien opina así. Alguien me dijo que el Guru vivía en una gran mansión a las afueras de Londres. Como quiera que sea, el espectáculo de Trafalgar Sq. tiene para mí otro sentido: la civilización cristiano-occidental ha quebrado en sus medios de expresión espiritual. El éxito de una filosofía, religión, o como quiera llamarse, de factura oriental en Europa y América, nos da la respuesta. Aquella está al borde del colapso espiritual, si es que no ha caído ya en él. A nuestra civilización ya no le queda nada por decir, espiritualmente hablando. La tecnología ha aplastado al hombre al desconsiderarle, convirtiéndole en una máquina apta para producir bienes materiales, olvidándose de lo que realmente es el hombre y de sus más íntimos anhelos. Le ha postergado a la más espantosa soledad. La doctrina del Guru no es más que un ejemplo de aquellos mecanismos de evasión para huir de aquella de que nos hablaba Erich Fromm en su «Miedo a la libertad» (1945). Aún hemos de ver muchos más. En esta ocasión, el centro de exportación es la India, con una cultura y modo de expresión espiritual milenarios, que no tiene nada que ver con la nuestra. Nosotros les hemos llevado frigoríficos, televisores y coca-cola. Ellos nos traen el «nirvana». Ya señaló Toynbee que nuestra civilización está a punto de desaparecer para transformarse en otra distinta; está exánime, asfixiada, sí, pero no creo que sean las técnicas del Guru las que le den nuevo oxígeno. La solución ha de ser occidental y está contenida en una hoja en blanco, como siempre, en la que cada uno de nosotros debe escribir su propio renglón.

Trafalgar va recobrando su aspecto habitual. La plaza se ve inundada de nuevo de palomas que vuelven de su destierro ocasional. Todavía hay alguien que, sentado en el suelo, brazos extendidos, palmas de las manos abiertas, como esperando recibir algo, cabeza erguida, ojos cerrados, medita; trata de inhibirse de lo que le rodea o de aquello que él sólo sabe.

¡Suerte! ■ JOSE MARIA MEDINA.